

### 3. Estudios sobre las ideologías: relectura crítica de los “Estudios sobre la personalidad autoritaria”

Como señala Adorno en su introducción al problema abordado en los *Estudios sobre la personalidad autoritaria*, el interés principal de dicha investigación, realizada en Estados Unidos cuando “el fascismo acababa de ser derrotado en la guerra” (Adorno, 2009: 153), consistía menos en identificar fuerzas manifiestamente opuestas a la vigencia del sistema democrático, que en estudiar “al individuo *potencialmente fascista*, alguien cuya estructura es tal que lo convierte en especialmente vulnerable a la propaganda antidemocrática” (Adorno, 2009: 153, bastardilla en el original). El estudio estaba orientado a detectar “disposiciones” emocionales subyacentes asociables a pensamientos y actitudes que, no obstante, dicho individuo “no admite para sí”, ni “puede poner en palabras” y, a fin de producir un diagnóstico del fascismo potencial y de sus determinantes, los autores del mismo elaboraron una escala para la medición de tendencias antidemocráticas que denominaron “Escala F”.

A diferencia del sondeo de opinión pública, interesado en la distribución de la opinión respecto a un tema particular, estos estudios buscaban investigar, respecto a una opinión particular, con qué otras opiniones y actitudes estaba relacionada. En las palabras de Adorno, “el plan era determinar la existencia de amplias tendencias ideológicas, desarrollar instrumentos para su medición y preguntarse luego por su distribución en poblaciones mayores” (Adorno, 2009: 170). La “Escala F”, compuesta originalmente por 38 enunciados “proyectados para servir como racionalizaciones de tendencias irracionales” (Adorno, 2009: 172) y “a menudo inconcientes” (Adorno, 2009: 189), estaba a su vez estructurada a partir de las siguientes variables:

- a) *Convencionalismo*. Adherencia rígida a valores convencionales, de clase media.
- b) *Sumisión autoritaria*. Actitud sumisa, acrítica hacia autoridades morales idealizadas del propio grupo.
- c) *Agresión autoritaria*. Tendencia a estar alerta, y condenar, rechazar y castigar a la gente que viola valores convencionales.
- d) *Antiintracepción*. Oposición a la mentalidad subjetiva, imaginativa, sensible.
- e) *Superstición y estereotipo*. Creencia en determinantes místicos del destino del individuo; disposición a pensar mediante categorías rígidas.
- f) *Poder y ‘dureza’*. Preocupación por la dimensión dominio-sumisión, fuerte-débil, líder-adepto; identificación con figuras de poder; énfasis exagerado en los atributos más convencionales del yo; afirmación desmesurada de fuerza y dureza.
- g) *Destruktividad y cinismo*. Hostilidad generalizada, vilipendio de lo humano.
- h) *Proyectividad*. Disposición a creer que en el mundo suceden cosas salvajes y peligrosas; proyección hacia fuera de impulsos emocionales inconcientes.
- i) *Sexo*. Preocupación exagerada por los ‘sucesos’ sexuales.” (Adorno, 2009: 196)

Ahora bien, como revelan los enunciados elaborados para medir tendencias autoritarias así como las explicaciones provistas en la presentación de las variables de la escala, los *Estudios sobre la personalidad autoritaria* constituyen un ejemplo paradigmático de la inscripción del problema de la democracia en una determinada coyuntura. Coherente con su concepción del conocimiento político-social y de los problemas-en-el-conocimiento como algo “suscitado por la propia realidad” (Adorno, 1978: 32), la interrogación teórica

de la democracia emprendida allí por Adorno deja visibles y expuestas las huellas de su índice histórico. La situación que incita allí al análisis de las formas de subjetividad en su relación con los requerimientos de una sociabilidad democrática está marcada por la impronta no sólo de los totalitarismos, sino también de las sociedades de masas y, de modo general, por la experiencia del poder disciplinador y homogeneizante de la totalidad social y el colectivo *sobre el individuo*.

En tanto lo que la dispara la preocupación en ese caso es la experiencia de una totalidad opresiva, amenazante, la pregunta por la democracia no puede ser formulada como una pregunta por la posibilidad o efectividad de una comunidad de iguales. Parafraseando a Adorno en otro contexto, de lo que se trata –antes bien– es de que *puesto que* en esa coyuntura la igualdad ha devenido equivalencia y la totalidad una identidad que no tolera lo que no se le parece, la teoría *tiene que* reinterrogar la democracia a la luz de esa amenaza específica. O bien: es a la percepción de aquel poder opresivo de un colectivo homogeneizado y homogeneizante a lo que esta interrogación situada de la democracia responde. Y lo hace tanto conceptualizando lo que amenaza al proceso democrático –todo lo extraindividual, que aparece casi exclusivamente en tanto poder coercitivo y presión, o bien peligroso refugio–, como determinando aquello que se encuentra bajo amenaza; determinación por la cual perfila el elemento clave de la posibilidad democrática: el individuo y su autonomía.

Los términos a los que apela Adorno para pensar tanto las amenazas a la democracia como aquello que podría hacerles frente resultan sumamente significativos a este respecto. A propósito de una de las variables de la “Escala F”, el convencionalismo, definido como “adherencia *rígida* a valores convencionales, de clase media” (Adorno, 2009: 196), sostiene que si esa adherencia:

era expresión de una *conciencia individual totalmente establecida*, [...] no deberíamos esperar una conexión necesaria entre estos valores y el potencial antidemocrático [...] Si, por otro lado, la adherencia a los valores convencionales está determinada por la *presión social externa* contemporánea, si está basada en la adherencia del individuo a los estándares de *los poderes colectivos* con los que se identifica por el momento, entonces deberíamos esperar una estrecha asociación con la receptividad antidemocrática [...] Este individuo convencionalista podría seguir con buena conciencia *los dictados de una instancia externa siempre que éstos lo puedan dirigir* y, además, sería capaz de intercambiar totalmente un conjunto de estándares por otro bastante diferente (Adorno, 2009: 199, el subrayado es nuestro).

Las insistentes referencias a los “estándares de *los poderes colectivos*” o a la “*presión social externa* contemporánea” dejan evidenciada la impronta amenazante con la que es caracterizado lo colectivo, al tiempo que las instituciones y/o personas de las que eventualmente podrían emerger sentidos posibles para la acción son exclusivamente aludidas como *dirigiendo* la conducta del individuo: “líderes”, doctrinas, “conjunto de estándares”, que sólo pueden representar un peligro para una vida individual amenazada, mientras que –por el contrario– la “conciencia individual totalmente establecida” aparece como una suerte de antídoto a las tendencias antidemocráticas.

Así, aún teniendo en cuenta las sutilezas de este planteo –un planteo marcado por la experiencia de los totalitarismos y las sociedades de masas, donde lo que aparecía en primer lugar a ser revalorizado era la instancia individual oprimida, lesionada por la dinámica omnipotente de lo colectivo y el Estado–, sus énfasis no pueden sino resultar unilaterales en la nueva situación planteada por las transformaciones neoliberales y la revolución neo-conservadora en el plano de las ideologías económicas y políticas. Si no se trata de afirmar la caducidad de la problemática de la autonomía individual debilitada, sí resulta preciso reconocer que ese debilitamiento del individuo se imbrica hoy de modos sumamente complejos con otros fenómenos tales como el proceso de des-solidarización o el surgimiento de “ideologías del riesgo”, así como la

nueva valorización de la sensibilidad, la imaginación y la flexibilidad subjetivas, funcionales a los procesos de reconversión laboral –y su demanda de sujetos *flexibles y creativos*–, antes que asociada a la vieja idea de emancipación. Se trata de transformaciones que afectan la vigencia del ideal igualitario enunciado por la modernidad, y cuyos eventuales potenciales antidemocráticos se vuelven difíciles de pensar en el marco de la vieja crítica al autoritarismo. Una crítica que, precisamente por ello, no podemos percibir como errada sino como unilateral.

Pero esta imposibilidad de asumir de modo global y como una totalidad autosuficiente el planteo teórico implicado en la formulación de la Escala F –imposibilidad que, como se verá en los próximos capítulos, quedó plasmada en nuestra formulación ampliada de las dimensiones del estudio sobre la democracia de un modo que excede extensamente la problemática del “autoritarismo”–, implicó para nosotros más concretamente la necesidad de sopesar detalladamente la actualidad de algunas de las variables empleadas en esa escala. En particular nos vamos a referir en esta oportunidad a dos variables: “convencionalismo” –adherencia *rígida* a valores convencionales, de clase media–, y “antiintracepción”, definida por Adorno como “oposición a la mentalidad subjetiva, imaginativa, sensible” (Adorno, 2009: 196)<sup>18</sup>.

Amén de otras consideraciones, la determinación de la actualidad de estas nociones como herramientas críticas no podría omitir la paradoja de que hoy el sometimiento y la homogeneización parecerían producirse –en parte al menos– exaltando precisamente la individualidad, eso “personal”, “singular e irrepetible” de cada uno cuya pérdida la variable antiintracepción se proponía diagnosticar; mientras que uno de los ideologemas privilegiados en el último cuarto de siglo, el de “flexibilidad”, parece haber tenido como misión principal precisamente la condena de esa rigidez que en los *Estudios sobre la personalidad autoritaria* aparecía como objeto de la crítica en la variable “convencionalismo”. Situados en un contexto en el cual, antes que exigir el sometimiento de su imaginación, se conmina a un individuo hiperresponsabilizado a ser creativo, un contexto marcado por un proceso de desinstitucionalización que parece arremeter contra todas las convenciones para promover en su lugar el desacartonamiento y la espontaneidad como estilos de una subjetividad más auténtica y libre, las categorías de convencionalismo y antiintracepción parecen, en efecto, como mínimo inútiles para la crítica de las tendencias ideológicas más visibles en nuestro presente, cuando no directamente consignas propias de un nuevo discurso ideológico asociado, como sugieren Boltanski y Chiapello al “nuevo espíritu del capitalismo”. Y, sin embargo, un análisis en profundidad del tipo de tendencias que en aquel estudio se intentaban detectar apelando a esas variables, no sólo complejiza el diagnóstico de caducidad que pesa sobre las mismas, sino que lo hace al llamar nuestra atención sobre ciertas asociaciones hoy naturalizadas cuya necesidad no resulta en absoluto evidente. Esto nos interesa particularmente en lo que respecta al convencionalismo, variable que –con modificaciones– hemos incluido no sólo en la versión inicial de nuestra propia escala sino también en el esquema final<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> Como se verá en los próximos capítulos, las variables b y c de la Escala F (“Sumisión autoritaria” y “Agresión autoritaria” respectivamente), fueron incorporadas a nuestras herramientas de análisis como variables de la primera de las dimensiones en que se focaliza nuestro estudio, que es precisamente el problema del autoritarismo. Sin embargo, nuestra incorporación de otras dos nuevas dimensiones, que consideramos indispensables para estudiar la eficacia de las ideologías antidemocráticas en nuestra actualidad, nos obligó desde el inicio a acotar el esquema original de la Escala F a un máximo eventual de cinco variables. De allí que, amén de cuestiones de redundancia y otras razones teóricas sobre las que volveremos más adelante, descartáramos desde un comienzo la posibilidad de incluir para nuestro enfoque de lo que debemos analizar en la dimensión autoritarismo hoy las variables: e) Superstición y estereotipo, f) Poder y ‘dureza’, g) Destructividad y cinismo, h) Proyectividad, e i) Sexo.

<sup>19</sup> En un próximo apartado referimos las etapas implicadas en la elaboración de nuestra propia Escala de tendencias antidemocráticas. Por el momento señalemos que la Escala inicial compuesta por 120 enunciados fue reducida en un segundo momento para la elaboración del cuestionario final a partir de una selección de los enunciados que mostraron mayor capacidad de discriminación en una prueba piloto realizada en octubre de 2012.

Si bien marcada por la dicotomía individuo-colectivo como polos de lo sometido y lo dominante, de lo que padece y es sojuzgado –por una parte–, y lo que amenaza y aplasta por su propio peso mayoritario –por otra–, lo que la variable “convencionalismo” busca poner de relieve críticamente es menos la existencia de convenciones sociales y la adherencia del individuo a las mismas, que su búsqueda –generada por el debilitamiento de su autonomía– de una dirección heterónoma. He aquí un primer desplazamiento que cabe destacar: aún en un contexto en el que lo colectivo es fundamentalmente percibido como esencialmente amenazante, no es la existencia de convenciones sociales y de instancias supra-individuales lo que amenaza, sino un tipo particular de convencionalismo sostenido por individuos insuficientemente autónomos. Dicho de otro modo: lo que aquí interesa no es ni la existencia de la convención en sí misma ni el convencionalismo en general, sino lo que Adorno llama una de las “fuentes del convencionalismo”, que entonces exigen un trabajo de distinción que atienda a diversas causas y motivaciones que llevan al individuo a asumir una actitud convencional.

A partir de un análisis de esas “fuentes del convencionalismo” referidas por Adorno, y forzando un poco la terminología, se podría hablar (a) de un convencionalismo “autónomo” en el cual una “conciencia individual totalmente establecida” adhiere con relativa coherencia a ciertos valores que defiende en circunstancias cambiantes, y (b) de un convencionalismo “heterónomo” expresivo de la debilidad de una conciencia individual que sólo busca dirección, resultando relativamente *indiferentes* los contenidos, a los cuales –al mismo tiempo– se aferra con *rigidez*, y que resultan *intercambiables por otros*. Como sugiere la diferencia entre los dos tipos de convencionalismo, lo verdaderamente amenazante para la democracia según Adorno parecerían ser menos los sentidos transindividuales objetivados (en personas, instituciones, doctrinas) en sí mismos, que los tipos de relación sostenida con ellos. De otro modo: lo totalitario parece estar asociado en la teorización adorniana no meramente al hecho de que el colectivo y lo convencional tengan peso propio, sino a la anulación de todo espacio para la formación de una conciencia individual *capaz de sostener convicciones fuertes* y, correlativamente a esa anulación, la generación de una conciencia sobreadaptada y *flexible*: que adhiere rígidamente a *contenidos indiferentes e intercambiables por otros cualesquiera*.

Sin dejar de estar relacionada con la presión ejercida por el colectivo, la correlación convencionalismo/posiciones antidemocráticas se asienta en la búsqueda de líderes, así como en la rigidez con la que el individuo convencionalista se aferra a un conjunto x de estándares de conducta cuyos contenidos resultan relativamente indiferentes e intercambiables, pero que no son meramente “aceptados” o soportados sino, al igual que el líder, desesperadamente buscados y afirmados en bloque en ausencia de toda distancia crítica. Debido a lo anterior, precisamente en relación a este último tópico, surge la necesidad de revisar la noción de “rigidez convencionalista” sin presuponer su identificación con su sentido contemporáneo dominante.

La “rigidez” mentada en los estudios sobre la personalidad autoritaria se asocia al absolutismo, al totalitarismo y a las tendencias antidemocráticas, pero, a diferencia de lo que sucede en las ideologías de la flexibilidad, ni se asocia a la ausencia de convicciones fuertes, ni se opone a la subjetividad maleable y flexible, sino que, al contrario, se conjuga con esta última. Vale la pena detenerse en la diferencia específica de esa “rigidez”, porque ella permite visualizar mejor la articulación en la que el término entra en las ideologías contemporáneas.

Lo “rígido” mentado por Adorno no es lo contrario de “flexible” sino la expresión de una conciencia

individual, sobreadaptada, no totalmente conformada, que en cambio, de existir, podría adherir (o no) a valores convencionales sin que éstos le resultaran in-diferentes, intercambiables por otros cualesquiera. Y es precisamente aquí donde se produce un segundo desplazamiento fundamental en relación a cierto sentido contemporáneo: ante la pregunta ¿qué es una actitud convencional?, en los términos de Adorno habría que contestar que no es aquella que se adhiere a valores morales fuertes, sino la que se desplaza indiferente a todo contenido determinado. “Convencional” no es el sostenimiento de una posición determinada que puede entrar en conflicto con otras, sino la indiferencia y a la vez adaptabilidad en relación a todas las posiciones armoniosamente sostenibles por un sentido común medio.

Es esa fluctuación, esa intercambiabilidad de valores relativamente indiferentes, lo que verdaderamente constituye aquí el correlativo a la rigidez *y no su antídoto*, como supone un nuevo convencionalismo montado en torno a la noción de flexibilidad. Si en este último la flexibilidad asume el valor supuestamente antitotalitario y democrático de la adaptación sin límites, esa ausencia de límites, esa in-diferencia constituye en cambio para Adorno señal de la rigidez de una conciencia potencialmente autoritaria que, en su maleabilidad, revela su petrificación. Convencional y rígida no es, dicho en otros términos, la conciencia que toma ciertas posiciones en lugar de otras, sino la que es incapaz de producir distinciones matizadas, no in-diferentes, ni necesariamente armonizables, como en cambio querría el culto de lo flexible, a la elaboración de cuya crítica *en tanto ideología* aporta la –sólo aparentemente caduca– conceptualización adorniana del convencionalismo.

De allí que de nuestra relectura crítica de *Los estudios sobre la personalidad autoritaria* haya surgido para nosotros un imperativo doble. Si por una parte no es posible eternizar conceptos, variables y énfasis cuyo criticismo depende –en no poca medida– de su resistencia a postularse como válidos para todos los tiempos, y por ello ha sido necesario complementar –sin necesariamente armonizar– ciertas dimensiones del análisis con otras que sus autores no contemplaron en la coyuntura que les tocó pensar, creemos –por otra parte– en la necesidad de retomar y proseguir estos estudios, valiosos no sólo para seguir planteando la irresuelta problemática de una autonomía que no se resuelva en mero individualismo, sino también para la formulación de una crítica de ideologías contemporáneas tales como aquella que, en nombre del supuesto rechazo del totalitarismo asociado a las tomas de posición, celebra la disposición a la fluidez en tanto saludable expresión de un mundo presuntamente reconciliado.